

La Llorona

Es domingo de madrugada, no puedo dormir, no sé por qué pero algo me impide conciliar mi tan necesario sueño. Miro el reloj, apenas son las 2 y solo se escuchan coches lejanos que irán de camino a algún lugar lejos de este maldito pueblo.

Me levanto y decido que saldré a dar una vuelta, no puede hacerme mal. Me visto despacio y cojo un abrigo, cada vez hace más frío y mañana trabajo, no puedo permitirme otro constipado.

Una vez fuera, el viento sopla con una fresca brisa y apenas puede verse por culpa de la poca iluminación que hay, si no fuera porque la luna llena resplandece autoritaria envuelta en estrellas y brinda claridad a la noche. Me decido a ir hacia el riachuelo donde solía bañarme cuando solo era un niño, pasábamos las tardes salpicando en sus cristalinas aguas e intentando coger los peces con las manos. ¡Esos si eran buenos tiempos!

No llegaron a pasar diez minutos y llegué a la orilla. Hoy el pequeño río parecía estar más turbulento que de costumbre lo cual era extraño por la carencia de precipitaciones que había habido en las últimas semanas. Me acerqué aún más y sentía como que algo iba mal parecía que hasta el propio agua quisiese huir de allí.

Poco después las campanas de la Iglesia dando las 3 me sobresaltaron. Entonces fue cuando la oí. Se escuchaba un llanto de esos que te congelan la sangre y te encogen el alma. El llanto desgarrador de una mujer.

Al principio quise huir de allí, correr lo más lejos que mis piernas pudiesen llevarme, pero en un alarde de fuerza de voluntad, seguí el sonido, por si podía ayudar a la causante.

Busqué y busqué hasta que ni siquiera sabía en qué parte del río me encontraba y entonces la vi.

Era una chica con la piel pálida, casi transparente, con el pelo negro como el carbón, no se le veían los ojos, estaban tapados por un largo flequillo que le llegaba hasta casi la nariz, sus ropas eran un vestido que en sus mejores tiempos fue muy lujoso, de los que

las mujeres de los condes llevaban a las grandes fiestas de salón, pero ahora solo era un trapo viejo. Sus manos estaban agitando el agua desesperada e iba descalza, estaba de rodillas y estas estaban llenas de barro. Parecía haber perdido algo, algo muy importante.

Entonces me aclaré la voz y me propuse a decirle algo. No obstante, algo dentro de mí me lo impedía, no podía articular palabra así que solo salió de mí un leve sonidito. Que fue lo suficiente para que ella levantase la cabeza, muy lentamente. Conforme esto pasaba, podía sentir su mirada atravesándome, viendo cada recodo de mi alma.

Entonces ella se quitó el pelo de la cara, pasándoselo detrás de las orejas...y pude verle los ojos, unos ojos hondos e inertes, tan negros y profundos que casi tenías miedo de caerte dentro. Si los ojos eran el espejo del alma, la suya debía ser la más atormentada de las que existiesen.

Un escalofrío me recorrió la espalda entera y una sensación de malestar y puro terror se apoderó de mi cuerpo, aun así fui capaz de mantenerme allí, impasible.

-¿Qué buscas?-titubeé con la voz más varonil y firme que pude poner

Ella bajó la mirada y empezó a llorar de nuevo, lloraba sin lágrimas y con los gritos más desgarradores que antes, me preguntaba si nadie más la oía.

Le repetí la pregunta, esta vez más alto y mucho más confiado. Ella se levantó como si fuese una pluma y me lanzó un par de dardos con la mirada. Estaba en la otra orilla y empezó a acercarse al agua, sus pies ni siquiera entraban dentro, sino que parecía poder caminar sobre ella.

Todos mis instintos se activaron y antes de que pudiera darme cuenta estaba huyendo despavorido en dirección contraria. Ni siquiera me digné a mirar atrás, busqué las farolas del pueblo con desesperación entre el frondoso bosque. No pasaron más que unos segundos cuando se escuchó de nuevo el llorar de la chica, esta vez aún más atronador.

Llegué al pueblo después de unos minutos, estaba reventado por la carrera y ya no oía el llanto, el reloj de la plaza marcaba las 5:30 y la luna se había escondido tras una densa nube. Me fui a dormir a mi casa y lo di todo como locuras producidas por el cansancio.

Me levanté la mañana siguiente como si fuese un día normal y así fue hasta que cayó el sol. De nuevo el llanto. De nuevo el insomnio. Pero esta vez había una señora anciana haciendo punto en un banco cercano, decidí preguntarle, por si eran paranoias mías.

-Le parecerá raro que le pregunte- Le susurré sentándome a su lado- ¿pero usted oye eso?

-¿A la llorona? Todos la oímos pequeño y estúpido hombre de ciudad

Por un lado quise ofenderme, pero la historia me reportaba demasiada curiosidad así que le pedí más información.

La llorona, según me dijo, era una muchacha que como tantas otras quería llegar a ser alguien en la Corte. Era hija de padres carpinteros y tenía bastantes pocas posibilidades de que nadie se fijase en ella, excepto quizá el hijo de algún herrero. Pero entonces llegó un conde a la ciudad y todas las mozas llevaron sus mejores galas, incluso ella, que había estado ahorrando para un vestido precioso que habían expuesto en la sastrería de su calle. Así que cuando se hizo oficial la venida del conde ella fue a comprarse el vestido.

Por lo que parecía, era el vestido más hermoso de la ciudad: era rojo, plagado de encajes y bordados. Venía con un corsé incorporado y la estructura de la falda realzaba las anchas caderas de la joven y a la vez su delgada cintura. Cuando el conde la vio, inmediatamente la tomó del brazo y le pidió que le enseñase la ciudad. Le habló de la Corte y de la vida en la ciudad y le prometió de todo.

Pero entonces, cuando ella había quedado prendada de los juramentos del noble, este le pidió algo más, le pidió su flor y Lucía, que así era como se llamaba la llorona antes de serlo, inocentemente cautivada por él, se la brindó.

Él le prometió que volvería...y como todas las promesas que le hizo, resultó ser una farsa. A los 9 meses, Lucía trajo a una niña al mundo en clandestinidad y para ocultar su vergüenza y su pecado, la metió en un cesto con piedras y la tiró al río. Poco después se arrepintió y se fue al río a buscarla, llorando. Y allí estuvo días y días. Unos dicen que se volvió loca antes de morir y por eso no cesa en su llanto, la anciana decía que lloraba por culpa de su alma atormentada. Yo por mi parte, he decidido vender mi casa en el

pueblo, quizá sea monótona mi vida de ciudad, pero al menos no veré más a Lucía.
Aunque aún en sueños puedo oírla.